

Rémi BRAGUE, *El reino del hombre. Génesis y fracaso del proyecto moderno*, Madrid: Encuentro, 2016, 399 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9055-161-5.

Ediciones Encuentro ofrece esta versión castellana traducida por José A. Millán del original francés de 2015 (París: Gallimard). Brague, hoy profesor emérito de Filosofía Medieval en La Sorbona, que recibió el Premio Ratzinger en 2012, resulta ya conocido en España por algunas de sus publicaciones anteriores. Sus últimos años de investigación han quedado plasmados en una trilogía antropológica compuesta por *La sabiduría del mundo: historia de la experiencia humana del universo* (2008), *La ley de Dios, historia filosófica de una Alianza* (2011), y por este volumen que cierra la serie.

La primera parte de la trilogía se ocupa de la cosmología, del mundo físico como estructura o conjunto de normas que ofrece el marco de lo humano en la Antigüedad. La segunda, que pone el foco en la Edad Media, se acerca también a lo humano en cuanto regulado por unos mandamientos divinos revelados en una historia o inscritos en la conciencia. Este tercer ensayo, como revela de forma contundente el subtítulo, ofrece una visión crítica desde su inicio sobre la modernidad (en singular), elaborada también con la competencia y la erudición que es propia del A., cuyo discurso se nutre tanto de las fuentes filosóficas y teológicas como de la literatura y de las artes. En los Tiempos modernos (que

engloban todo lo que sigue a la Edad Media) el saber del hombre se libera de la naturaleza y de lo divino, en ruptura con lo que hasta entonces le había ofrecido el contexto de su existencia, y rechazando cualquier fuente de legitimidad ajena a sí mismo. La conclusión es que la privación de todo contexto para lo humano conduce a su destrucción, lo cual se muestra no tanto por medio de una crítica al proyecto moderno, sino elaborando la narración de su lógica interna que incorpora una dialéctica autodestructiva.

Una estructura tripartita trata de presentar la preparación, el despliegue del proyecto y finalmente su fracaso. El proyecto moderno es presentado con dos caras, una que mira hacia abajo y otra hacia arriba. El movimiento hacia abajo, hacia lo inferior al hombre, consiste en sometimiento o dominio de la naturaleza. Si para los pre-modernos el orden procedía de afuera, de las realidades celestes y lo que se denominaba *kosmos*, según el proyecto moderno lo que rodea al hombre es el caos, y en él ha de instaurarse el orden por medio del trabajo humano que procura el dominio sobre la naturaleza.

La otra cara, que mira hacia lo que es superior, consiste en la pretensión moderna de emanciparse de todo lo que está por encima del hombre, de un dios creador, le-

gislador o de una naturaleza en conexión con lo divino. «La relación entre el hombre y lo divino toma la figura de “o él o yo”. El humanismo tenderá entonces a realizarse como un ateísmo» (p. 17).

Ambos elementos, dominio de la naturaleza y la idea de autonomía, estaban presentes desde el fin de la Antigüedad. De ahí que a juicio del A. lo definitorio del proyecto moderno sea la conjunción entre ambas cuestiones (cfr. p. 170). Ahora bien, si ambos aspectos hunden sus raíces en la Biblia y en los textos que fundan el mundo medieval, surge inevitable la pregunta: entonces, ¿por qué el proyecto es calificado como «moderno»? Para Brague lo es en la medida en que es *proyecto*, es decir, un nuevo comienzo en ruptura con aquello que lo precede, como el *projectil* se separa de lo que le confiere el movimiento.

Al proyecto opone el A. la *tarea*, que reúne tres notas: (1) recibo la misión de hacer algo que no encuentra origen en mí y debo descubrir, (2) puedo estar o no a la altura de lo que se me confía, y (3) soy el único responsable, sin que otra instancia ga-

rantice la consecución de lo que se me encomienda. Para Brague el binomio tarea-proyecto aporta un principio de distinción entre Biblia y modernidad.

La conclusión señala que la modernidad no se enfrenta sólo a una crítica que podría denominarse «reaccionaria», sino que se dobla en una dialéctica interna autodestructiva, que produce exactamente lo contrario de lo que pensaba. El autor declara haberse referido sólo marginalmente a la primera y haber concedido amplio espacio a las expresiones de esa dialéctica interna (cfr. pp. 275-276).

Algunos han considerado que este relato crítico sobre la modernidad ofrece una visión algo unilateral y carente de matices; y es difícil negarles categóricamente la razón. Pero son al menos igualmente difíciles de soslayar las señales de la pérdida de lo humano en el curso de la modernidad tardía. Y ésta es la tesis central del ensayo, que su autor desarrolla con competencia y erudición encomiables.